

tf

trans-pasando
fronteras

Revista estudiantil de asuntos transdisciplinarios

Una publicación de



FACULTAD DE
DERECHO Y CIENCIAS
SOCIALES



Aportes para la construcción de una ciencia: transdisciplinar, crítica, humana y compleja

Docente de la carrera de Ciencia política de la
Universidad de Buenos Aires, Argentina

Hernán Fair, Ph.D.*



Resumen

El trabajo realiza una serie de reflexiones y aportes para contribuir al desarrollo de un pensamiento complejo en la ciencia. Partiendo desde un marco transdisciplinario basado en la epistemología de la complejidad de Edgar Morin, complementado con algunas herramientas conceptuales de la teoría post-marxista de Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, examina los criterios teóricos, ético-políticos y epistemológicos básicos para pensar en la construcción de una nueva ciencia compleja, que promueva la crítica política radicalizada y el reconocimiento explícito de los valores subjetivos, sin perder la rigurosidad y la relativa autonomía del conocimiento científico.

Palabras claves:

Pensamiento complejo, transdisciplinariedad, ciencia, ético-político, epistemología.

Introducción

El presente trabajo se propone reflexionar críticamente acerca de la actividad científica. Partimos de la base que hace falta llevar a cabo una profunda reforma de lo que entendemos habitualmente por ciencia, promoviendo un análisis transdisciplinario del conocimiento (Fair, 2010). En ese marco, nos posicionamos dentro de lo que ha sido denominado como el “pensamiento complejo” (Morin, 1998, 2001, 2008), una postura teórica, ético-política y epistemológica, que actualmente cuenta con valiosos

* Agradecimientos especiales al profesor Hernán Fair, Doctor en Ciencias Sociales (Universidad de Buenos Aires). Becario postdoctoral (CONICET-Universidad Nacional de Quilmes). Docente de la Carrera de Ciencia Política (UBA), por permitimos publicar unas cuantas líneas sobre la transdisciplinariedad.

desarrollos y ramificaciones (Nicolescu, 1996; Wallerstein, 1998, 2005; González Casanova, 2005; Rodríguez Zoya, 2010a, 2010b). En consonancia con las premisas del pensamiento complejo, entendemos que tanto el ser humano, como lo que definimos como la realidad social, son ontológicamente complejos, por lo que no pueden ser analizados desde disciplinas reducidas a compartimentos estancos. Pero además, en oposición a la postura teórico-metodológica y epistemológica que promueve la ciencia hegemónica, el pensamiento complejo asume que no resulta posible autonomizar completamente a la ciencia de los valores ético-políticos y que, en todo caso, sería éticamente reprochable intentar hacerlo.

Desde esta concepción, se pone en entredicho el mito de la objetividad y la neutralidad valorativa del conocimiento científico, para destacar la relación intrínseca e inmanente que existe entre la ciencia y el compromiso ético-político (Fair, 2011). El peligro, sin embargo, es caer en un “hiper-politicismo”, en el que la ciencia quede reducida a la subjetividad pura, es decir, a la mera arbitrariedad o imposición de determinados valores e ideales. Lejos de promover un construccionismo radical nihilista y anti-fundacional, que significaría rechazar todo tipo de relación legítima con el conocimiento científico, buscamos reflexionar acerca de la necesidad de construir un nuevo tipo de ciencia. Esta nueva ciencia no debe dejar de lado el objetivo primordial de acumular mayor conocimiento para comprender y explicar la realidad, pero al mismo tiempo, debe reconocer su relación inherente con los valores ético-políticos y, en ese sentido, debe apuntar a transformar radicalmente las condiciones históricas, socioculturales y políticas existentes.

Para alcanzar esta meta, debemos pensar, entonces, en el desarrollo de una nueva ciencia politizada y crítica, pero que sea, a su vez, rigurosa y válida. Ello implica animarse a realizar dos cambios fundamentales que se encuentran entrelazados:

1. Efectuar una transformación radical en las prácticas de investigación científica y en las formas tradicionales de conocer y comprender la realidad histórica, política, económica, social, cultural y biológica.
2. Incorporar como criterio ontológico de la ciencia un objetivo trascendental en busca de una mejor vida en común y de una sociedad y un mundo con valores e ideales diferentes al paradigma tecno-científico de la modernidad capitalista occidental.

En ambos casos, este proyecto teórico y político debe realizarse manteniendo una relativa autonomía del conocimiento científico frente a la política, de modo tal que se articule la ciencia con la sociedad y la subjetividad ético-política, sin caer por ello en un hiper-politicismo que absorba la parcial autonomía de cada plano.

A continuación, se sintetizará, a modo de notas para el debate, algunos criterios y bases teóricas y epistemológicas que consideramos indispensables para el desarrollo de nuestra propuesta de transformación ético-política de la ciencia. Para ello, tomaremos en consideración los aportes conceptuales de lo que ha sido denominado como el “pensamiento político posfundacional” (Marchart, 2009). Específicamente, nos basaremos en algunas contribuciones teóricas y filosóficas de la perspectiva post-marxista de Ernesto Laclau y Chantal Mouffe (1987), asumiendo su propuesta normativa a favor de una “radicalización” de la democracia desde los valores del “socialismo democrático” y “plural” y sus presupuestos ontológicos posfundacionales, ajenos a todo tipo de universalismo, esencialismo y determinismo histórico. Implícitamente, nuestra propuesta también incluirá una pluralidad de referencias de múltiples teorías y filosofías políticas y sociales, entre las que debemos destacar, además de los textos mencionados sobre epistemología de la complejidad, los aportes del post-estructuralismo francés, la teoría de la estructuración, la semiótica social pierciana, el psicoanálisis lacaniano, la fenomenología existencialista, el post-empirismo, la teoría crítica y la hermenéutica. En ese sentido, los trabajos de Laclau (1993, 1996), Lacan (2006, 2008), Giddens (2007a, 2007b), Mouffe (2007) y Stavrakakis (2010) y las interpretaciones de De Ípola (2001), Gómez (2003), Muñoz (2004), Retamozo (2009) y Howarth (2010), nos han ayudado a seguir pensando en el desarrollo de la presente propuesta analítica.

Criterios teóricos, ético-políticos y onto-epistemológicos básicos para pensar de forma (más) compleja a la ciencia

Si pretendemos desarrollar otra ciencia para otro mundo posible, debemos comenzar por destacar sus criterios teóricos, epistemológicos y ético políticos básicos. A continuación, se desplegará lo que considero que constituyen los puntos más relevantes. Con el objeto de resaltar la relación intrínseca entre los planos de lo ético político y lo científico, se examinarán los postulados teórico-metodológicos, epistemológicos y

normativos de un modo combinado. Ello no obsta, sin embargo, a realizar una delimitación parcial, que mantenga la autonomía relativa de cada uno de estos planos. La segunda aclaración es que los ítems que se mencionarán a continuación, no serán examinados con la exhaustividad que merecen, ya que el objetivo de este trabajo se reduce a reflexionar sobre los criterios mínimos para pensar en otro tipo de ciencia. En ese contexto, no se desarrollarán las múltiples críticas que, en particular durante la segunda mitad del siglo pasado, ha recibido la ciencia racionalista, empirista y positivista, en sus diversas variantes que se inician en la Antigüedad y se desarrollan con la expansión de la modernidad capitalista. Por último, cabe destacar que me interesa particularmente el caso de las ciencias sociales y humanas, por ser las menos rigurosas y las más involucradas en el análisis de su “objeto”. Ello no implica que no pudiera pensarse en una posible extensión de estas reflexiones al conjunto de las ciencias¹.

Base empírica

A diferencia de la ciencia hegemónica², el pensamiento complejo rechaza el empirismo, en todas sus variantes. Sin embargo, aunque descreo de la posibilidad de realizar un análisis ateórico, en este trabajo asumimos la necesidad de incorporar explícitamente una base empírica, de modo tal que se gane en rigurosidad analítica y evitar la pura especulación filosófica. De este modo, no puede existir un pensamiento científico sin al menos un aporte original de investigación empírica.

Objetividad parcial

A diferencia de la ciencia hegemónica, el pensamiento complejo rechaza las posturas objetivistas, así como el mito de la neutralidad valorativa. Sin embargo, ello no implica asumir un anti-fundacionalismo, en el que rige la pura subjetividad. En cambio, partimos de la base que se requiere postular un ideal de objetividad, vinculado a la honestidad intelectual y la rigurosidad en el análisis. Desde una perspectiva posfunda-

1 Pese a sus limitaciones para realizar un pensamiento de “complejidad generalizada”, debemos destacar, en ese sentido, los valiosos aportes que mencionan Morin (1998, 2001, 2008) y Nicoliescu (1996) desde la mecánica cuántica.

2 Dentro de la ciencia hegemónica incluimos a todas las posturas fundacionales del conocimiento, incluyendo aquellas que reconocen la existencia de la complejidad, pero desde un paradigma que Morin ha definido como de “simplicidad” o “complejidad restringida” (véase Morin, 2008).

cional y compleja, entendemos que resulta posible referirse a una objetividad parcial, que reconoce los límites ontológicos del conocimiento y la imposibilidad de la plena objetividad, sin caer por ello en un puro subjetivismo arbitrario. A partir de la posibilidad de una objetividad parcial, que permite distinguir grados de objetivación y sedimentación del conocimiento y de la realidad social, se alcanza una verdad que es, al mismo tiempo, provisoria, parcial y contingente.

Análisis contextualizado

La ciencia compleja no puede prescindir de un profundo análisis contextualizado. Ello implica examinar los múltiples condicionamientos estructurales del conocimiento, incluyendo la pluralidad de contextos sociohistóricos, políticos, económicos, institucionales y culturales, en los que se inserta la ciencia. También incluye el abordaje de las interacciones que se establecen entre los sujetos, a partir del análisis de las prácticas sociales e institucionales y su relación con las constricciones institucionales, económicas, identitarias y valorativas³.

Compromiso político y social

Como no existe la neutralidad y la plena objetividad, y además resulta evidente que no vivimos en la Polis auto-suficiente de Aristóteles, la nueva ciencia politizada debe poseer una utilidad social, es decir, debe tener fines sociales de relevancia concreta para transformar radicalmente la realidad. Ello implica pensar en una ciencia comprometida activamente con la sociedad y sus problemáticas centrales. En ese sentido, una ciencia compleja es una ciencia que promueve la crítica radicalizada a las múltiples formas de dominación y opresión del capitalismo y que busca otro mundo posible⁴. Aunque no podemos detallar los valores axiomáticos, en este trabajo asumimos la

3 Entendemos, en ese sentido, que la teoría de la estructuración de Giddens (2007a, 2007b), pese a que contiene algunas limitaciones, representa una perspectiva de pensamiento complejo, que permite trascender de una manera novedosa, y a su vez rigurosa, la clásica contraposición entre sujeto-estructura, que consideramos caduca.

4 Si bien hacemos uso del concepto de ciencia compleja, no asumimos la perspectiva de la ciencia de los sistemas complejos, que parte de la base de la complejización del pensamiento, pero asumiendo una postura objetivista y afín a los intereses del poder tecno-científico y militar de los centros de poder mundial. Para una excelente crítica a este tipo de abordajes, véase González Casanova (2005).

necesidad de construir una sociedad basada en los ideales cuasi-trascendentales de la igualdad, la justicia, la libertad, la solidaridad y la participación social⁵. Ello implica, necesariamente, la búsqueda de un proyecto colectivo que tiene como horizonte una sociedad y un mundo más justo, solidario e igualitario. En ese marco, se trata de fomentar una ciencia crítica, que promueva la fraternidad y la inclusión social y que exprese su oposición irrestricta a toda forma de opresión y explotación por parte de los poderes corporativos del capitalismo nacional y globalizado. Pero también implica la aceptación ontológica del conflicto, las diferencias y los múltiples antagonismos sociales y culturales⁶.

Desde un marco posfundacional, rechazamos la lógica tecnocrática, objetivista, universalista y elitista de la ciencia hegemónica, asumiendo una ciencia alternativa que reconoce el papel de los sujetos y sus problemáticas sociales, la existencia constitutiva de relaciones de poder y dominación entre los hombres y la pluralidad de ideas⁷. En ese sentido, la ciencia politizada debe promover, necesariamente, la reflexión y el debate sobre la subjetivación del conocimiento, fomentando la crítica radicalizada y evitando los dogmatismos.

Ahora bien, el reconocimiento de una ciencia crítica y normativa no implica caer en la defensa de un politicismo extremo, que busque imponer deliberadamente determinados valores, excluyendo la rigurosidad y validación formal del conocimiento. El pensar complejamente la ciencia, en ese sentido, sólo reconoce algo que ya se encuentra implícito en la ciencia, que es la subjetividad. No obstante, mantiene una relativa

5 No podemos especificar aquí qué entendemos por cada concepto. De hecho, una de las tareas normativas de la ciencia debe consistir en interrogarse críticamente acerca de la polisemia inmanente de los significados. El debate en torno al concepto de democracia y sus múltiples implicancias teóricas y políticas, es un buen ejemplo de la necesidad de preocuparnos por las palabras y los significados que habitualmente utilizamos.

6 Nos basamos para esta propuesta en los aportes de la “democracia radicalizada y plural” de Laclau y Mouffe (1987), que permite no solo criticar los valores dominantes, sino también construir alternativas contra-hegemónicas.

7 En el marco del rechazo al tecnocratismo elitista y cerrado, uno de los problemas que emerge consiste en la necesidad de promover una ciencia lo más amplia y popular posible. Popular, en el sentido de que el pueblo pueda leerla, comprenderla y aplicarla. Y amplia, en el sentido de que debe ser difundida públicamente para poder existir y ser aplicada socialmente. El otro problema irresuelto es sobre la utilidad social del conocimiento, ya que muchas de las investigaciones en Ciencias Sociales y Humanas no contribuyen al armado de propuestas alternativas al orden vigente. Escasean, además, las vinculaciones teóricas y programáticas con las fuerzas políticas y sociales, sin perder la relativa autonomía. Respecto a estos problemas, véanse las reflexiones “anti-academicistas” de Balsa (2013).

(y tensional) autonomía de la política, la ética y, por lo tanto, la propia subjetividad. De modo tal que la ciencia, la política y la ética se encuentran entrelazados, pero no por ello cada uno de estos planos deja de mantener una relativa autonomía e independencia, fundamental para no terminar en una postura anti-científica.

Pluralidad de ideas y promoción del debate colectivo

Si la ciencia debe ser explícitamente crítica, y si no existe un conocimiento puramente objetivo y neutral de la realidad, la ciencia politizada no puede dejar de ser plural. Ello implica el rechazo a la búsqueda de la homogeneidad y universalidad del conocimiento y a los dogmatismos, y la aceptación del debate y la promoción de la pluralidad de ideas válidas sobre la realidad. Pensar complejamente, en ese sentido, implica promover una ciencia que respete y pueda dialogar con otras cosmovisiones diferentes, buscando enriquecer la comprensión y explicación de la realidad social y enriqueciendo al propio conocimiento y al propio ser, a partir de la diferencia.

Compleja

Aunque parezca una redundancia, un pensamiento complejo en la ciencia implica asumir la complejidad inherente al ser humano y a la propia realidad social. En ese marco, el pensar desde la complejidad parte de la base de la existencia ontológica de la incertidumbre, la contingencia, el caos, la historicidad y la relatividad del conocimiento. Siguiendo a Morin, asumimos un pensamiento complejo que es no reduccionista, no lineal, no positivista, no empirista, y que no excluye los elementos irracionales y subjetivos, incluyendo los aspectos éticos, políticos y biológicos. De modo tal que pensar complejamente es reconocer la existencia constitutiva de determinados valores, ideales, prejuicios, deseos y pasiones que son inherentes al ser humano y a la ciencia, pero también implica aceptar la existencia ontológica de la incertidumbre, el caos, la contingencia, el azar y la contradicción lógica. En ese marco, pensar complejamente es reconocer la existencia de niveles diferenciales de realidad y rechazar la clásica lógica binaria y simplificadora de la ciencia hegemónica, que parte de la base del principio de no contradicción y de tercero excluido, olvidando (o buscando cerrar de forma definitiva) la apertura ontológica de toda estructura. Finalmente, *pensar complejamente*

implica construir una ciencia que promueve abiertamente el diálogo constructivo y transdisciplinario con otras disciplinas y subdisciplinas, que busca articular y enlazar diferentes marcos teóricos, técnicas de investigación y metodologías, en lugar de plantear disyuntivas y separaciones que limitan la comprensión. La ciencia social, en ese sentido, se debe articular con los valiosos aportes de las humanidades y viceversa, con el horizonte de promover otro tipo de ciencia y otro tipo de mundo posible⁸.

La aceptación de estos principios ontológicos conlleva la necesidad de admitir que no hay métodos científicos infalibles, de manera tal que tanto el método deductivo, como el inductivo y el abductivo, contienen limitaciones inherentes. Del mismo modo, las técnicas de investigación, ya sea cualitativas como cuantitativas, también presentan diferentes limitaciones. Ello no significa ni promover ni rechazar la posibilidad de realizar triangulaciones, aunque se debe evitar atentar contra los principios básicos del pensamiento complejo⁹. En todo caso, lo importante es pensar en una ciencia que se entrelace con los valores e ideales ético-políticos y con los problemas sociales y humanos más acuciantes, sin que eso implique abandonar la relativa autonomía del conocimiento científico.

A modo de conclusión: ¿por qué promover un pensamiento (más) complejo de y en la ciencia?

Promover un pensamiento complejo implica pensar al hombre, a la sociedad y a la realidad desde diversas perspectivas que se integran. En ese sentido, un pensamiento complejo de la ciencia implica dejar de lado las clásicas e inconducentes dicotomías o diadas de la Modernidad, como sujeto-estructura, particular-universal, razón-emo-

8 Así como el abordaje de cuestiones filosóficas, históricas, psicoanalíticas y hasta antropológicas, resulta clave para una mayor complejización de las Ciencias Sociales, también podríamos pensar en alimentarnos de otros géneros, como la crítica literaria y cinéfila, tal como lo ha hecho magníficamente Slavoj Žižek. Debemos tener en cuenta, en ese sentido, que el propio lenguaje de la ciencia no deja de ser metafórico. En todo caso, somos conscientes del riesgo potencial de caer en una interpretación forzada de la realidad, lo cual obviamente debe evitarse.

9 Personalmente, considero que el pensamiento complejo debe ser más cualitativo que cuantitativo. Sin embargo, los aspectos cuantitativos también pueden ser considerados útiles en ciertos casos, siempre y cuando no se concluya por realizar un reduccionismo analítico de la complejidad del sujeto y la complejidad de la realidad, a partir de la simplificación tranquilizadora del número. De hecho, la “objetividad” de las ecuaciones científicas son la principal fuente de legitimación de proyectos simplificantes, disyuntivos y reductores, como la ortodoxia neoliberal y la ciencia de los sistemas complejos. Este tema, no obstante, merece un debate más amplio, que aquí no podremos dar.

ción, objetividad-subjetividad, pensar-actuar, entre otras. Pero también implica trasladar ese pensamiento anti-binario (que, en realidad, se remonta a Aristóteles) a todos los campos, de modo tal que se debe abandonar la dicotomía mercado-Estado, ciencia-política, ciencia-ética, economía-política, intelectuales-políticos.

Ahora bien, ¿por qué debería promoverse este tipo de pensamiento en la ciencia? En primer lugar, porque, como señalamos, el hombre y la realidad social son, básicamente, complejos. En ese sentido, un pensamiento más complejo permite a la ciencia, desde un nivel metodológico, profundizar en el conocimiento y la comprensión de lo social. En segundo término, porque no existe epistemológicamente un conocimiento puramente objetivo y neutral, ni que pueda acceder o captar el conocimiento como totalidad. En ese marco, pensar complejamente es reconocer explícitamente un elemento de subjetividad, relatividad y politicidad, que es inherente a la ciencia. Permite ver, en ese sentido, que la realidad y la propia ciencia son motivo de una disputa eterna por la interpretación legítima de las significaciones, con algunas verdades que se imponen y otras que son silenciadas. Que los valores del sujeto son constitutivos de la práctica científica, incluyendo los deseos inconscientes y las pasiones, de las que nada quiere saberse. Implica reflexionar sobre los múltiples intereses políticos y económicos que se ocultan bajo la máscara del saber objetivo de la ciencia. Implica abandonar el imaginario mítico del progreso evolutivo del conocimiento y descubrir el velo de la colonialidad y la voluntad de poder, bajo el ropaje del saber racional y técnico. Finalmente, el pensamiento complejo es necesario, porque frente al mundo desigual e injusto en el que vivimos, nos permite recuperar el componente ético que busca transformar radicalmente el mundo y mejorar nuestra propia conciencia como seres humanos.

En efecto, pensar complejamente la ciencia, incorporando los presupuestos normativos y onto-epistemológicos posfundacionales de la democracia radical y plural, permite oponerse y trascender los habituales prejuicios y estigmatizaciones que tenemos incorporados, fomentando valores comunitarios como el respeto, la pluralidad, la tolerancia, la comprensión y la aceptación de la diferencia. Pensar complejamente, en ese sentido, es dejar de lado las simplificaciones, prejuicios, estereotipos fabricados y estigmatizaciones, promovidos por el discurso hegemónico: prejuicios cientificistas contra la política y el poder, en nombre del conocimiento técnico y objetivo. Prejui-

cios academicistas hacia el compromiso ideológico, en nombre de la independencia y la “limpieza” ideológica, o en nombre de la separación de hechos científicos y valores éticos y políticos. Prejuicios Iluministas y elitistas hacia los sectores populares, en nombre de la emocionalidad y la irracionalidad de las masas. Prejuicios fundamentalistas hacia ciertos enfoques teóricos, en nombre de la presunta superioridad intrínseca de otros, o la no científicidad de aquellos. Prejuicios teóricos y epistemológicos hacia el eclecticismo, en nombre de un teoricismo vacío, que olvida las raíces en común entre la mayor parte de los enfoques conceptuales.

Pensar complejamente implica estar abierto a incorporar nuevas ideas, a pensar de un modo diferente, a cuestionarse verdades instaladas y sedimentadas, a adquirir nuevos conocimientos y nuevos métodos, a cambiar radicalmente las ideas y valores políticos y socioculturales heredados o adquiridos. De este modo, si el paradigma de la simplicidad impide ver las necesidades y ponerse en el lugar del otro, el pensamiento complejo contribuye a superar prejuicios, comprender más profundamente al ser diferente y, de este modo, enriquecerse y crecer moralmente. Por lo tanto, el pensar complejamente la ciencia nos conduce hacia una mejor vida en comunidad, con menores niveles de violencia, autoritarismo, discriminación, racismo, xenofobia y menores prejuicios instalados, estigmatizaciones, estereotipos e injusticias. Al mismo tiempo, contribuye a promover mayores niveles de paz social, libertad, igualdad, solidaridad y felicidad conjunta. Finalmente, tampoco debemos dejar de recordar las enseñanzas de la experiencia histórica, que demostraron el sucesivo fracaso de las visiones ingenieriles, tecnocráticas y científicas aplicadas a lo social, desde el comunismo “realmente existente”, hasta la eugenesia nazi y la ideología neoliberal.

Esta propuesta, obviamente, generó, genera y seguirá generando fuertes resistencias. Resistencias, en primer lugar, de aquellos sectores sociales que tienen intereses políticos y económicos en el antiguo modo de pensar, funcional al capitalismo neoliberal y a la colonización cultural e imperial. Resistencias, en segundo término, de las filosofías relativistas posmodernas, que asumen un nihilismo epistemológico, frente a los intentos de universalización y totalización del paradigma científico reinante. Resistencias, por último, de aquellos académicos nostálgicos, que aun creen realmente que existe un conocimiento objetivo y, en algunos casos, también neutral. Nos referimos a aquellos

académicos bienintencionados que buscan certezas ontológicas en la ciencia, imposibles de ser alcanzadas en el presente post-metafísico, o bien temen sobre los efectos de una ciencia puramente politizada y sin criterios metodológicos y epistemológicos. Como hemos visto, nuestra propuesta lejos está de este tipo de pensamientos binarios, al estilo ciencia objetiva versus ciencia “militante”, o relativismo versus objetividad.

En ese sentido, como lo hemos destacado, la crítica a la corriente hegemónica en el campo académico no puede llevarnos a caer en su contrario, esto es, a la pura politización interesada, en la que prevalece una versión unidireccional y arbitraria, que solo puede concluir en la construcción de un nuevo pensamiento único. Asumir esta posición nos haría dejar de lado, por el camino inverso, los valores centrales del pensamiento complejo, cayendo en una nueva lógica de la simplicidad. Como vimos, el conocimiento científico, sin dejar de ser crítico, no debe perder su relativa autonomía de la política y la subjetividad. Es por eso que nos referimos al ideal de objetividad, sabiendo que toda objetividad es siempre parcial y provisoria, sujeta a debate y a transformación histórica. En el mismo sentido, nos referimos a la necesaria base empírica de todo conocimiento científico y a la necesidad de promover la aceptación de la pluralidad y el disenso, como criterios básicos tendientes a mantener la rigurosidad analítica. De más está decir que la honestidad intelectual es otro valor intrínseco que no puede ser abandonado. Ello implica no ocultar información, no mentir o manipular de una forma deliberada los datos, excluir determinados puntos de vista relevantes, aun los que contradicen lo expresado, y mantener el rigor para chequear siempre la información, de acuerdo a ciertas reglamentaciones básicas comúnmente aceptadas por el campo académico (lo que no implica una imposibilidad de cuestionarlos y rebatirlos).

Pensar complejamente la ciencia, por lo tanto, implica asumir la necesidad de una ciencia empírica, sin ser empirista. Una ciencia idealmente objetiva, sin ser objetivista. Una ciencia normativamente politizada, sin perder por ello la relativa autonomía e independencia de todo poder político, ya sea el poder político-económico de las corporaciones tecno-científicas, ya sea el intento de imponer determinados valores por parte del gobierno de turno. Una ciencia que, en lugar de la disyunción, busca la unificación de disciplinas y subdisciplinas, manteniendo siempre su autonomía relativa.

En definitiva, mucho es lo que queda por hacer en esta tarea de promover un cambio

radical en la forma de pensar y hacer la ciencia. De hecho, para mencionar solo algunos ejes, una de las tareas pendientes consiste en modificar los actuales planes de estudio de las universidades y centros de investigación, situados en vertientes simplificadoras de la realidad. El propio paradigma científico actual debe ser revisado, incluyendo las formas de evaluación y de validación del conocimiento científico y los objetivos ético-políticos de las instituciones académicas. También habría que pensar en estrategias para profundizar los vínculos dialógicos y democrático-horizontales entre la ciencia y la sociedad, buscando sortear las barreras que separan al lenguaje técnico, habitual en la ciencia, y el saber práctico y de sentido común de los sectores sociales y populares, ajenos al campo académico.

Del mismo modo, hace falta una reflexión más detenida acerca de los vínculos dialógicos y programáticos entre la actividad científica, los movimientos políticos y sociales y el Estado. Además, no puede estar ajena una reflexión profunda acerca de las incompatibilidades teóricas, metodológicas y epistemológicas sedimentadas y sobre la utilidad social de los temas de investigación elegidos, incluyendo un abordaje más amplio de las prioridades temáticas en cada área del conocimiento. Por otra parte, también se debe repensar el modo de estructuración de las empresas de medios masivos de comunicación, y en particular el papel político y social de la televisión, que muchas veces promueve valores contrarios a un pensamiento complejo. Ello incluye una reflexión sobre el posible uso de los medios masivos, y también de las redes sociales, para la difusión y ampliación de aquel conocimiento científico que busca la transformación social radicalizada. Por último, se deben examinar con mayor profundidad los efectos, buscados o no, de la actividad científica sobre la naturaleza y el derecho a un medio ambiente sano, reflexionando sobre las consecuencias de la ciencia para la salud y para la propia supervivencia de la humanidad como especie.

No se puede pensar complejamente la ciencia, el mundo y el ser humano, si no se realiza una auto-reflexión crítica sobre la propia teoría y práctica del conocimiento y si no se remueven los pensamientos y creencias sedimentadas que estructuran el paradigma dominante de la ciencia. Es por eso que la disputa no es sólo en términos teóricos, metodológicos o epistemológicos, sino que constituye una disputa ético-política y cultural. Se trata de crear una nueva forma de pensar alternativa, para pensar una nueva forma de crear alternativa.

Bibliografía

BALSA, Javier (2013). *Elementos para diseñar una agenda de investigación anti-academicista en ciencias sociales*. Buenos Aires, Argentina: mimeo.

DE ÍPOLA, Emilio (2001). *Metáforas de la política*, Rosario: Homo Sapiens.

FAIR, Hernán (2010). “Hacia la transdisciplinariedad”. En: *Con-Sciencias Sociales*, 2, 19-26. Consultado desde: http://www.pensamientocomplejo.com.ar/docs/files/Fair_Transdisciplinariedad.pdf

----- (2011). “La ética y el compromiso político en las Ciencias Sociales y Humanas. Contribuciones al debate desde un enfoque post-estructuralista”. En: *Frónesis. Revista de filosofía jurídica, social y política*, 18 (3), pp. 386-412. Consultado desde: <http://revistas.luz.edu.ve/index.php/frone/article/viewFile/12796/12365>

GIDDENS, Anthony (2007a). *La constitución de la sociedad*. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.

----- (2007b). *Las nuevas reglas del método sociológico*. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.

GÓMEZ, Ricardo (2003). *Neoliberalismo globalizado. Refutación y debacle*. Buenos Aires, Argentina: Macchi.

GONZÁLEZ CASANOVA, Pablo (2005). *Las nuevas ciencias y las humanidades. De la academia a la política*. Barcelona: Anthropos.

HOWARTH, David (2010). *Discourse. Concepts in the social sciences*. Great Britain: Open University Press.

LACAN, Jacques (2006). *Seminario XVII: El reverso del psicoanálisis*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.

----- (2008). *Seminario XX: Aún*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.

LACLAU, Ernesto y MOUFFE, Chantal (1987). *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*. Buenos Aires, Argentina: FCE.

LACLAU, Ernesto (1993). *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*. Buenos Aires, Argentina: Nueva Visión.

----- (1996). *Emancipación y diferencia*. Buenos Aires, Argentina: Ariel.

MARCHART, Oliver (2009). *El pensamiento político posfundacional*. Buenos Aires, Argentina: FCE.

- MORIN, Edgar (1998). *El método IV. Las ideas*. Madrid: Cátedra.
- (2001). *Introducción al pensamiento complejo*. Barcelona: Gedisa.
- (2008). *Complejidad restringida, complejidad general*. En: Biblioteca Virtual Participativa de la Complejidad. Consultado el 13 de enero de 2014, desde <http://www.pensamientocomplejo.com.ar/documento.asp?Estado=VerFicha&IdDocumento=237>
- MOUFFE, Chantal (2007). *En torno a lo político*. Buenos Aires, Argentina: FCE.
- MUÑOZ, María Antonia (2004). “El discurso político. Notas para un acercamiento wittgensteiniano”. En: *Signos Filosóficos*.
- NICOLESCU, Basarab (1996). *La transdisciplinariedad*. Mónaco: Du Rocher. Consultado desde: <http://www.ceuarkos.com/manifiesto.pdf>
- RETAMOZO, Martín (2009). “La ciencia política contemporánea: ¿constricción de la ciencia y aniquilamiento de lo político? Apuntes críticos para los estudios políticos en América Latina”. En: *Andamios*, 11, pp. 71-100.
- RODRIGUEZ ZOYA, Leonardo (2010a) (comp). *Exploraciones de la complejidad. Aproximación introductoria al pensamiento complejo y a la teoría de los sistemas complejos*. Buenos Aires, Argentina: Centro Iberoamericano de Estudios en Comunicación y Universidad Nacional de Lomas de Zamora. Consultado desde: http://www.cienciared.com.ar/ra/usr/3/233/exploraciones_de_la_complejidad.pdf
- (2010b). *Complejidad de la relación entre ciencia y valores. La significación política del conocimiento científico*, Vol. 19. Consultado el 13 de enero de 2014, desde <http://www.iigg sociales.uba.ar/Publicaciones/JI/ji19.pdf>
- STAVRAKAKIS, Yannis (2010). *La izquierda lacaniana*. Buenos Aires, Argentina: FCE.
- WALLERSTEIN, Immanuel (1998). *Impensar las Ciencias Sociales*. México: Siglo XXI, 1998.
- (2005). *Las incertidumbres del saber*. Barcelona: Gedisa.